

EL DIARIO MURCIANO

UNA PESETA AL MES.

PERIÓDICO PARA TODOS.

REDACCIÓN: BALSAS, 1.

CENTRO DE CURACIONES

— DE LAS —

ENFERMEDADES DE LOS OJOS DOCTOR PERIS

Médico dedicado, exclusivamente y durante diez años, en el Hospital Provincial de Valencia, á esta especialidad.

Se cura con pulcritud y esmero con arreglo á los últimos adelantos y se practican toda clase de operaciones.

Los ciegos no pagan si no se les devuelve la vista con las operaciones de cataratas ó pupilas artificiales.

Horas de consulta: De nueve á doce de la mañana.

De doce á una, á los pobres que lo acrediten.

Dirección: Conde del Valle de S. Juan, (antes Frenería), 16. Murcia.

AL DIA

CONTRIBUCION DE SANGRE

Se fijó al fin el cupo del reemplazo actual y, como la mayoría de los actos del Gobierno que nos cupo en desgracia padecer, originó protestas generales.

Creían, los que presumen de conocer la materia, bastaba la cifra de cuarenta mil hombres para atender á las necesidades del país, estimaron otros desaparecería para siempre el privilegio que sobre los pobres establece la posición económica, ó sobre el infortunado improvisa el azar de un sorteo, más ni los primeros ni los segundos contaban con lo que son las excelentes dotes gubernamentales de quienes presiden nuestros destinos, ni unos ni otros supieron que si en los programas de Gobierno, sean quienes fueren el partido y los hombres que los redactan, se incluye la abolición de privilegios irritantes, no dejan de ser el señuelo con que los advenedizos, los improvisados, cazan á la opinión incauta, haciéndola soñar el tiempo que basta para lograr los interesados fines que dictara la ambición desmedida de nuestros superhombres al uso.

El servicio militar obligatorio, ha sido en la ocasión presente y será durante muchos tiempo la cláusula principal de los programas ya viejos y averiados de los dos partidos que amenazan con eternizarse en el turno. Hacía falta algo que retuviese á los descontentos y amenazase á los escépticos y se encontró allí donde coincide el anhelo común, la general aspiración.

Pero de la promesa, por formal y solemne que sea al cumplimen-

to de lo que se prometió, vá tanta diferencia como del sueño á la realidad, y si ayer se hicieron concebir esperanzas que valieron la conquista del poder, hoy, cuando el fin se ha logrado, importan poco los compromisos por sagrados que parezcan.

Mañana, cuando cerrado el paréntesis que los compañeros en turno, abrirán (tal vez en breve) en la gestión Maurista conservadora, se disponga á la reconquista del presupuesto, se invocará de nuevo lo que hoy se deja en el montón informe de proyectos á discutir que yacen en el más olvidado rincón de nuestras Cámaras legislativas.

Y volverá á repetirse el espectáculo triste del reclutamiento practicado con los medios coercitivos que hicieran antipático lo que como el servicio á la patria, á la madre común; es lo más santo; y volverá á reproducirse ante nuestros ojos la procesión tristísima de los heredados que, camino de los cuarteles cantonan la elegía que les dictó el dolor ante la mas sangrienta burla que inventar pudieran las diferencias sociales.

¡Promesas! ¡Compromisos! ¿Quién piensa en ellos, ni quién se detiene ante la responsabilidad que nos hicieran contraer?

Mas que el ingreso del mezquino puñado de pesetas á que cotizan nuestros gobernantes la libertad de los hombres, con perjuicio grave de esa patria misma cuyas necesidades invocaran, importa la tranquilidad del rico, del afortunado, y más que ese interés santísimo que no puede invocarse sino para interpretar tal cual es, importa la demostración de esa irritante su-

perioridad que no siempre dió la fortuna á quien mejor supo merecerla.

Por esto subsiste, por esto subsistirá el privilegio, y por esto, lejos de ser la que con mayor entusiasmo se satisface, resulta la contribución de sangre la mas odiosa de las contribuciones todas.

¿PAÍS MUERTO?

Hé ahí la exclamación que oímos á diario y que realmente parece adaptarse á los tiempos que corremos.

No hay nada que pueda hacernos salir del estado de profundo marasmo en que nos encontramos sumidos y ni aún los mas graves sucesos son capaces de impresionarnos sino por breves instantes.

Lo pequeño, lo baladí, aquello que no debiera ocupar el pensamiento más allá de un segundo, eso es lo que priva, lo que se ha puesto á la orden del día en nuestras profundas meditaciones.

Hablar del estado actual de la opinión pública, es obligado motivo de disgusto, pretender que la masa social sacuda su apatía y manifieste una vitalidad en relación con la importancia que en el desenvolvimiento de la política tiene, es empresa ardua y difícil en demasía.

Los organismos todos, sin excepción, funcionan ante la indiferencia del ciudadano y no nos paramos, sino es por un momento, á considerar la importancia que ciertos hechos tienen en relación al porvenir del Estado de la provincia y del pueblo.

Impresionables y vehementes en otras épocas, somos, en la actualidad, apáticos y abandonados como ningún otro pueblo europeo y allá ellos, decimos, cuando los poderes públicos toman medidas que pueden ser una amenaza para la tranquilidad general y con la misma indiferencia acojamos aquellas otras reformas que pueden ser transcendentalmente beneficiosas para el país en que vivimos.

Ni predicaciones ni ejemplos, nos sirven para nada y de tropiezo en tropiezo, de decadencia en decadencia, hemos llegado á la pérdida absoluta de la confianza en los ajenos y al desprecio de nuestras propias facultades.

El fenómeno es digno de estudio, por que revela un hondo malestar que sino es combatido rápidamente, habrá de dar al traste con los últimos restos de civilismo y de valor que radican en España y que pueden servir de elementos salvadores, sino se prolonga por mucho tiempo el actual estado de cosas.

Hoy la opinión por nada se mueve y cuando al individuo ó la comunidad

amenaza un mal grave, ni este ni aquella se agitan en defensa de legítimos derechos y asisten impertérritos al despojo, al vejamen ó al insulto.

Claro está que todo fenómeno reconoce una causa y, este axioma, no deja de cumplirse en nuestro modo de ser social, producto inmediato y consecuencia lógica de una organización en la que abunda lo peor, existe lo malo, y por excepción, se encuentra lo regularmente bueno.

Cada pueblo tiene un cacique, cada cacique un protector, cada protector una segura inmunidad y, cuando esto ocurre, el ciudadano de todo desconfiaba y antes que la razón, inútil bagaje en estos tiempos, procura proporcionarse la influencia, cosa precisa y poderosa palanca que todo lo mueve en las naciones poco cultas.

La perversión de los instintos, nos lleva á confiar siempre en el amigo que todo lo puede y todo lo pretende y cuando se sabe de un modo positivo que no ofrecen absolutas garantías de éxito ciertos procedimientos, se apela á otros aún cuando padezcan la verdad, la justicia y la conciencia á las que el hombre debiera rendir perfecto y acabado culto.

En la presente etapa histórica, se halla la masa neutra de tal modo convencida de que el sistema de la influencia es el que explica todo y justifica todo, que es muy difícil hacer al ciudadano tomar parte activa en aquellos actos que, siendo el ejercicio de un derecho, se convierten, por arte mágico, en motivo de una burla, más ó menos sangrienta.

Nuestro sistema de sufragio universal no puede ser más hermoso en teoría, pero no cabe nada más detestablemente feo en la práctica, unos votos se compran, otros se escamotean, algunos se obtienen con la amenaza y así, por esos caminos, se llega á las representaciones públicas en muchos casos y á los altos puestos de la política en otros.

Cuando el país se halla perfectamente convencido que en cada pueblo, salvo raras y honrosas excepciones, no ha de hacerse más que lo que se le antoja al cacique, que dispone de humildes sometidos y á veces de malvados auxiliares, no se tema, no puede tomarse, el trabajo de ejercitar acciones cuyo resultado ha de ser perfectamente nulo.

El mérito cede ante el favor en variados casos; el favor se opone á la equidad en otros, y como para todo hay procedimientos que aplicar dentro de la multitud de contradictorias disposiciones acomodadas á la conveniencia política, el ciudadano se desprecupa de la vida pública y, aleccionado por el ejemplo, prefiere á las amplias y luminosas vías de la verdad, los tortuosos y oscuros senderos de la falacia, al menos en muchas ocasiones, siendo esto la única expli-

